

Las distintas juventudes de la Iglesia en Argentina a mediados del siglo xx. Los casos de la Juventud de Acción Católica y la Juventud Obrera Católica

Jessica Blanco
Universidad Nacional de Córdoba
jessieblanco@yahoo.com.ar

La concepción de juventud de la Iglesia en Argentina a mediados del siglo xx relacionaba al joven con el cambio, la vitalidad y con una mayor disponibilidad de tiempo que el adulto, quien era el que superaba determinada edad o se casaba. El énfasis en la formación de esta franja etaria se fundamentaba, además de estas características “naturales”, en que los jóvenes encarnaban el futuro, como los próximos padres de familia y líderes sociales. Empero, cada asociación laica abocada a esta

franja etaria definía a los jóvenes en función de sus propios objetivos. Mi propuesta de trabajo alude a la problematización del sentido del “ser joven” que tuvieron dos asociaciones a mediados de siglo xx: la Juventud de Acción Católica y la Juventud Obrera Católica. Me interesa indagar acerca del uso de la edad biológica en la elaboración de determinada identidad etaria y en la conformación de diferentes subjetividades a través de discursos, relaciones y prácticas.

Palabras clave: juventud, identidades, Iglesia católica, Acción Católica, Juventud Obrera Católica.

Introducción

Las clasificaciones son divisiones arbitrarias que en el proceso mismo de enunciación cobran realidad. Como dice Pierre Bourdieu, estructuran la percepción que los agentes sociales tienen de su entorno, y así contribuyen a construir la estructura del mundo social.¹ Asignan a diversos grupos ciertas conductas y valores que se van construyendo socialmente y

¹ | Bourdieu, *¿Qué significa hablar?*, p. 65.

sirven para marcar fronteras y legitimar un desigual acceso a los recursos materiales y simbólicos. Así, toda una serie de normas, comportamientos, instituciones, valores y ritos se conjugan para delinear identidades etarias, étnicas, de género, de clase, etc., cada una de ellas presentada como un todo homogéneo.² Cabe la distinción entre dos enfoques del concepto de identidad: el esencialista, que la piensa como una cualidad intrínseca y preexistente a los sujetos, unidos naturalmente con otros que comparten esa misma característica, y la construccionista, que la considera como un invento cultural que sirve para construir un sentimiento compartido de pertenencia e identificación, como una elaboración producto de la relación entre individuos y grupos que ocupan distintas posiciones de poder.³ Éstas determinan que no todos los grupos tengan la misma autoridad para nombrarse y nombrar, ya que la identidad dada por otros (heteroidentidad) en una situación de dominación se traduce en estigmatizaciones de los grupos subalternos.

En el caso de las identidades etarias, y según la mencionada concepción esencialista, se habla de *la niñez*, *la juventud*, *la adultez*, *la ancianidad*, como si la edad otorgara *per se* ciertas características, obviándose las diferencias. Así, se produce una naturalización de las prácticas sociales mediante la legitimación de mandatos y papeles que son presentados como datos biológicos. Ahora bien, la particularidad de la edad por contraste con otras características identitarias centrales, como la etnia o el género naturalizado en sexo, es que la pertenencia dentro de cada grupo etario es necesariamente transitoria y el paso de una categoría a otra irreversible, y se realiza en un orden fijo y a través de ritos de pasaje que varían de acuerdo con las épocas y las sociedades. Esta concepción de la existencia por etapas se originó en el siglo XIX, acompañada por otro proceso de la modernidad: la institucionalización del curso de la vida con la intervención del Estado mediante la escolarización, la salud pública y el ejército.⁴

Específicamente respecto de los jóvenes, su construcción como colectivo es relativamente reciente; la juventud se considera como una etapa naturalizada de la vida que asocia un desarrollo fisiológico con ciertas características psicológicas y conductas.⁵ Según Grinder y Strickland, fue Rousseau el que comenzó a asociar la juventud con un periodo de pertur-

² Feixa, *De jóvenes, bandas y tribus*, pp. 25, 77-78.

³ Lomnitz, "Identidad", p. 129.

⁴ Chávez, "Investigaciones sobre juventudes".

⁵ Michaud, "Soldados de una idea", pp. 348-379; Peralva, "O joven", pp. 15-24; Schindler, "Los guardianes", pp. 303-363; Fabre, "Forjar la juventud", pp. 61-100.

bación.⁶ Ya en el siglo xx y siguiendo esa línea, en 1904 Stanley Hall formuló una teoría que definía la juventud como una fase de gran agitación y tensión, como una edad difícil y turbulenta que daba lugar a relaciones conflictivas entre el joven y su ambiente. Como advierte Carles Feixa, Hall en realidad racionalizó la emergencia de esta franja etaria en los países occidentales como una etapa de semidependencia económica, por la expulsión de los jóvenes del mercado de trabajo como una consecuencia social de la segunda revolución industrial.⁷ Esta teoría contiene una visión asimétrica donde el adulto legitima una situación de poder económico y social, sustentada en la consideración de la juventud como una condición subordinada y un periodo de transición, de preparación para la vida adulta, la cual se representa como el cenit de la jerarquía etaria con la madurez, luego de la cual comienza el declive, con la transformación de esa madurez en descomposición. Los adultos, los únicos definidos por ellos mismos enteramente con características favorables, dominan el presente y ejercen tutela sobre las demás edades. Sin embargo los jóvenes, como próximos adultos, son los dueños del mañana. Entonces deben contar con ciertas condiciones para justificar esa confianza futura en ellos. De allí se explica que la juventud sea definida como una etapa de crisis, de aprendizaje con éxitos y fracasos, como un tiempo de búsquedas, de inestabilidad, que puede traducirse tanto en valores positivos (compromiso entusiasta, deseo de transformación)⁸ como negativos (fuente de desórdenes, desvíos, amenaza social). La elección en parte dependerá de la dirección brindada por los adultos en la ayuda a los jóvenes para discernir lo bueno de lo malo y fortalecer su personalidad.

Este trabajo parte de la perspectiva teórica de las clasificaciones etarias como invenciones históricas y centra su interés en la construcción de identidades en un espacio específico, en este caso dos asociaciones laicas que nuclearon a determinada franja etaria hacia mediados del siglo xx en Argentina, y en los dispositivos sociales que hicieron a sus miembros *jóvenes*, adjetivación que cobra características particulares según el contexto y el significado que también le otorgan quienes son interpelados como tales. Mi propuesta aborda la problematización del sentido del “ser joven” que tuvieron las asociaciones Acción Católica (AC), en su rama juvenil masculina (Juventud de AC, en adelante JAC), y la Juventud Obrera Católica (JOC). Me interesa indagar acerca del uso de la edad biológica

⁶ Wendel Abramo, *Cenas juvenis*, p. 13.

⁷ Feixa, *De jóvenes, bandas y tribus*, p. 17.

⁸ Desde la Grecia antigua se ha identificado a la juventud con los valores positivos de reforma y aspiración de cambio, algo que continúa hasta nuestros días.

en la elaboración de determinada identidad etaria y en la objetivación de diferentes subjetividades a través de instituciones, discursos, relaciones y prácticas. En otras palabras, ¿cuándo y bajo qué circunstancias los militantes de la JAC y la JOC se definen como un tipo de *jóvenes*; es decir, cómo es el proceso de devenir joven? La idea es pensar las coincidencias y diferencias entre la normativa y la retórica de ambas asociaciones y las representaciones que van construyendo sus miembros en la interacción; es decir, partir desde los mismos términos y discursividad de los actores,⁹ y también comparar la edad biológica con la edad social, ya que la consideración de joven difiere dentro del campo católico de acuerdo con los mandatos sociales y aspectos de clase.

Sociedad e Iglesia en Argentina: una juventud para cada necesidad

La teoría formulada por Hall era bastante similar al discurso imperante acerca de las edades en la sociedad y la Iglesia en la Argentina de entreguerras: la juventud como una fase de preparación, a mitad de camino entre la sujeción infantil y la plena inserción laboral; es decir, como un periodo de semidependencia caracterizado por la falta y la inseguridad. En cuanto a la institucionalización de esta etapa etaria, tanto el colegio secundario, la universidad, la escuela de oficios como el servicio militar obligatorio constituían instituciones formativas propias de la juventud, centrales en el proceso socializador después de la familia.

Ahora bien, cabe aclarar que en este concepto genérico de juventud hay matices en las representaciones, pues *el joven* es visto desde una postura “adultocéntrica” como incompleto, en transición, no productivo, víctima, pero a la vez como ser del futuro y revolucionario, característica que puede convertirlo en alguien desviado y peligroso.¹⁰ Y es que la definición de juventud se corresponde con un conjunto de patrones y comportamientos aceptados para determinados sujetos, cuyas propiedades, valores y edades deseables van cambiando de acuerdo con las necesidades de un enunciador inserto en luchas de sentido. De lo anterior deriva

⁹ Para este fin son de importancia los testimonios de las propias organizaciones estudiantas. De la JAC fueron considerados los boletines generales y las publicaciones orientadas a los dirigentes, así como algunas entrevistas; de la JOC se consultaron manuales de estudio, *Notas de Pastoral Jocista* (publicación emitida por los asesores espirituales de la asociación o eclesiásticos cercanos a ella), *Juventud Obrera* (el periódico editado por los socios) y entrevistas a algunos antiguos miembros.

¹⁰ Chávez, “Investigaciones sobre juventudes”, pp. 19-20.

la dificultad de caracterizar lo que fue la concepción general de juventud en la Argentina de entreguerras, porque es una categoría instrumental que se va resignificando de acuerdo con intereses y ámbitos de poder en disputa. De todas maneras, cabe reconocer la emergencia del joven como sujeto político transformador en la década de 1930, en un contexto de crisis política generalizada, a través de su organización en colectivos por parte de las más diversas tendencias políticas e ideológicas, entre ellas el catolicismo.¹¹

Durante la década de 1930 la Iglesia adjudicará a cierta juventud una fuerza de cambio privilegiada para modificar un presente visualizado como sombrío, en un contexto de crisis del liberalismo como sistema de valores. Este periodo en la historia argentina constituirá un terreno propicio en el plano social para la emergencia de idearios en competencia que se presentarán como alternativas. Uno de estos proyectos fue precisamente el bosquejado por la Iglesia, que comenzó a hablar de fundar una “nueva cristiandad” para recuperar la “nación católica” fundada por los conquistadores españoles, fortalecida por los patriotas de 1810 e interrumpida por el liberalismo imperante. Así, la Iglesia describirá a la sociedad argentina de la época como una sociedad sumida en un desastre espiritual y moral, el cual se evidenciaba en el cuestionamiento del cristianismo, el relajamiento de las costumbres, la subversión de las jerarquías sociales y el avance de los poderes terrenales en temas sobrenaturales. Este problema se traducía en dos grandes males, el liberalismo y el comunismo. El segundo derivaba del primero y constituía una categoría ideológica instrumental muy amplia y difusa, bajo cuyo título se catalogaba todo aquello ubicado fuera de la ortodoxia católica y de su proyecto de nación.

Sin embargo, no todos los sectores eran interpelados con la misma intensidad a la hora de trabajar en pos de la construcción de la “nación católica”. Existía un grupo especialmente convocado como agente de cambio: los jóvenes católicos. ¿Pero quiénes eran *los jóvenes* para la Iglesia? Ésta los relacionaba con la fuerza, la vitalidad, el cambio y la posibilidad de transformación. A diferencia de los adultos, estaban animados de un optimismo que los hacía progresar y rechazar todo formalismo que los atara innecesariamente a lo caduco. Además, serían los futuros líderes políticos y guías de las organizaciones sociales y sindicales.¹²

¹¹ Rubinzal, “Los conflictos”; Zanatta, *Perón*.

¹² AACC, *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina* [en adelante *Boletín Oficial*], año IV, núm. 74, 15 de mayo de 1934, p. 300; AACC, *Boletín Oficial*, año X, núm. 221, septiembre de 1940, p. 140; “Balance de las Vanguardias Obreras Católicas”, en *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina, 20 años de Acción Católica, 1931-1951*, Buenos Aires,

Si se tiene en cuenta el lugar subalterno que tradicionalmente ocupó la juventud en la sociedad, se podría pensar que hacia la década de 1930 la existencia de las ramas juveniles de la Acción Católica Argentina (incluida la Juventud Universitaria Católica) y de la JOC o la fundación de las Vanguardias Obreras Católicas –la versión *junior* de los Círculos Católicos de Obreros– significaba un reconocimiento de la capacidad de cambio atribuida a esta categoría etaria.¹³ Sin embargo, dentro del asociacionismo católico juvenil había diferencias en cuanto al rango etario comprendido como juventud y la finalidad que ésta debía cumplir en el plan recristianizador, pues la JAC y la Juventud Femenina (JF) de AC se concentraban en la formación para la acción futura, en cambio en la JOC la idea de intervención estaba más presente.

Las ramas juveniles de la AC

La AC se creó en Argentina en 1931 en un contexto interno de consolidación de la institución eclesiástica en el ámbito institucional, doctrinario y con un catolicismo socialmente más ofensivo e inclusivo. Fuera del ámbito católico, la crisis de legitimidad del liberalismo dejaba un vacío de perspectivas políticas que fue aprovechado por la Iglesia para materializar su proyecto de recristianización social, del que la AC era un elemento fundamental. Concebida como el brazo ejecutivo laico de las jerarquías, estaría a cargo de la organización y la praxis de las fuerzas apostólicas católicas.¹⁴

La AC fue establecida en Argentina teniendo como modelo a su par italiana, con una organización en cuatro ramas según edad y género (hombres, damas, jóvenes varones y jóvenes mujeres). Las ramas “adultas” estaban compuestas por personas casadas o mayores de 35 años (luego la edad disminuiría a 30). Por su parte, en las ramas juveniles los socios activos eran los jóvenes solteros desde los 15 hasta los 35 años (luego 30), de probada honestidad y activa vida católica. Tenían a su cargo la sección preparatoria de Aspirantes, que iba de los 10 a los 15 años. Los jóvenes, además, se encargaban del grupo infantil, con niñas desde los 6

abril de 1951, p. 117; HSL, *Notas de Pastoral Jocista*, septiembre-octubre de 1957, pp. 45-46; *Documentos del Segundo Congreso*, p. 155.

¹³ Desde la perspectiva católica, los primeros que habían explotado en su favor este potencial fueron el estalinismo y los fascismos europeos. *Boletín del Dirigente de la Asociación de los Jóvenes de la Acción Católica* [en adelante *Boletín del Dirigente*], año III, núm. 28, julio de 1941, p. 85.

¹⁴ Sobre la estructura organizativa de la AC en Argentina véase Blanco, *Modernidad conservadora*, cap. 2.

hasta los 10 o 12 años.¹⁵ Esta estructura se sustentaba en el supuesto de una homogeneidad de vivencias propias de cada edad, obviando las diferencias sociales. Posteriormente, la organización por ambientes sociales y profesionales intentó subsanar esta simplificación. En pocas palabras, la siguiente cita muestra el lugar y la misión que le correspondía a cada rama dentro de la asociación:

[A los hombres adultos de la AC,] como jefes en la familia y conductores en la sociedad civil, corresponderá la empresa trascendental de cristianizar la legislación, las iniciativas de gobierno, las obras de bien público, las principales manifestaciones de cultura y hasta la industria, el comercio y la economía. Al elemento femenino, en sus representantes mayores, está reservada la misión de custodiar el hogar doméstico, manteniendo incólume su estructura y salvaguardando sus costumbres y sus proyecciones educativas, para bien de las futuras generaciones. [Las ramas juveniles estarán] en actitud de conquista y avanzada incontenible.¹⁶

El protagonismo asignado a las ramas adultas en el ámbito público (los hombres) y privado (las mujeres) tendría su contracara y complemento –en posición subordinada– en los jóvenes, que desde su presente se preparaban para ocupar aquellos lugares en el futuro.

JAC y JF eran ramas esencialmente de formación, de ahí las mayores exigencias en comparación con las adultas en cuanto a moralidad, educación cristiana o frecuencia de reuniones. En 1939 se produjo una reducción de la edad límite “de juventud”, de 35 a 30 años, cambio que probablemente se dio como respuesta al acortamiento de la soltería, ya que desde 1936 los jóvenes se casaban más temprano.¹⁷ Si una de las condiciones de permanencia en las ramas juveniles era el celibato, el cual se estaba abreviando, entonces quedaba una franja vacía por adelantarse

¹⁵ “Reglamento de la Federación de la Juventud Católica”, artículos 4, 87, 5, en AACC, *Boletín Oficial*, año II, núm. 25, 7 de mayo de 1932, pp. 202-203; “Reglamento de la Liga de la Juventud Femenina Católica Argentina”, artículo 1, en AACC, *Boletín Oficial*, año II, núm. 25, 7 de mayo de 1932, p. 218.

¹⁶ AACC, *Boletín Oficial*, año XI, núm. 230, junio de 1941, p. 357. Testimonios similares son los del doctor Camilo Corsanego, presidente de la Junta Central de la AC italiana, quien hacia 1932 decía de la JAC que tenía que “formarse y reformarse en la plegaria, en el estudio y en el silencio, antes de lanzarse a combatir”. AACC, *Boletín Oficial*, año II, núm. 30, 15 de julio de 1932, p. 398.

¹⁷ Germani, *Estructura social*, p. 42.

los casamientos y una brecha muy amplia entre los más jóvenes (de 16 años) y los solteros mayores de 30, de ahí la disminución en cinco años de la permanencia en ambas ramas.

Si bien las dos juventudes eran fundamentales por su incidencia futura en el proyecto de la Iglesia, como adultos formados sólidamente y en una absoluta obediencia e incondicional adhesión al Papa, la rama masculina tenía una connotación especial, ya que ahí estaban los futuros dirigentes.

La JAC estaba organizada verticalmente en dos secciones: Aspirantes, a su vez dividida en menores (10 a 12 años) y mayores (12 a 15 años), y Efectivos, diferenciados en *juniors* (16 a 20 años) y *seniors* (21 a 35 años originalmente, y sólo hasta los 30 años desde 1939).¹⁸ Estas separaciones se fundamentaban en determinadas concepciones de niñez, adolescencia y juventud: a los menores los distinguía “la sensibilidad, la imaginación, la espontaneidad, la inconstancia y la falta de atención” y la tendencia a creer, obedecer e imitar, con un sentido de responsabilidad no desarrollado. De ahí la necesidad de juegos sencillos y explicaciones cortas. Era una edad caracterizada por la vivacidad y el ingenio, en la cual se formaban las aptitudes morales y mentales sobre la base del ejemplo del entorno. A la vez, los niños se encontraban en el momento psicológico preciso porque ya conocían el catecismo.¹⁹ Era función del delegado, entonces, “excitar su sensibilidad y provocar buenos sentimientos”, reemplazando sus héroes de películas y novelas por Jesús y los santos. Los mayores eran caracterizados como sensibles, sentimentales y fuertemente influenciables, sobre todo, por las malas compañías.²⁰ La adolescencia se visualizaba como un momento clave de la vida, con un principio y final variable según cada persona:

La adolescencia es una época de adaptación, es un lapso durante el cual se toma una orientación en la vida, orientación que rara vez cambia más tarde. Es por lo tanto de una importancia enorme y capital en la vida de cada uno, puesto que aquí se forma la personalidad.²¹

¹⁸ AACC, *Boletín del Dirigente*, año II, núm. 14, febrero de 1940, p. 27.

¹⁹ AACC, *Boletín del Dirigente*, año II, núm. 14, febrero de 1940, p. 30; AACC, *Boletín del Dirigente*, año III, núm. 33, diciembre de 1941, p. 220; AACC, *Boletín del Dirigente*, año II, núm. 24, diciembre de 1940, p. 237.

²⁰ AACC, *Boletín del Dirigente*, año II, núm. 14, febrero de 1940, p. 30; AACC, *Boletín del Dirigente*, año II, núm. 15, marzo de 1940, p. 55.

²¹ AACC, *Boletín del Dirigente*, año III, núm. 33, diciembre de 1941, p. 220.

Se pensaba que era el periodo “turbio y agitado de la vida del hombre”, momento de sensibilidad, sentimentalismo, espontaneidad.²² La subsección *juniors* servía como una transición adaptativa hacia los *seniors*, que también necesitaban de “la palabra clara y segura” que los aliviara de la preocupación de la búsqueda de un trabajo estable para afrontar las responsabilidades matrimoniales.²³

Pero además de estas características psicológicas, había que considerar los residuos del pecado original, los medios sobrenaturales, la tendencia natural del hombre hacia el bien y “la acción del ambiente, de la familia y de la herencia sobre el alma infantil”.²⁴ La sección de Aspirantes era clave dentro de la AC porque se apostaba a formar la conciencia de los niños para cambiar la de la sociedad; era el momento en que se educaba cristianamente al futuro ciudadano para que obrara y viviera como tal. Para legitimar la preparación sobre la acción (actividad correspondiente a la rama masculina adulta) y exaltar su misión, en la JAC se relacionaba a los jóvenes con Jesús de Nazaret, quien no se dio a conocer hasta los 30 años de edad y se preparó llevando una vida de estudio, oración y espiritualidad. La exposición prematura a la acción social y política sin una adecuada formación estaba destinada al fracaso.²⁵

La misión que la Iglesia reservaba para esas ramas (la formación doctrinaria como inversión para el cambio a futuro) partía del supuesto de que los jóvenes contaban con el suficiente tiempo para lecturas, reuniones, catequesis, retiros espirituales, etc. Ello suponía que no trabajaban, sino a lo sumo eran estudiantes, con lo cual implícitamente se asociaba la juventud con la moratoria social (por la improductividad económica inmediata de los estudios). Empero, estas representaciones no se condecían con la composición socioeconómica de las ramas juveniles de la AC: en los Efectivos de la JAC el porcentaje estudiantil fue más parejo respecto de los que trabajaban de lo que las jerarquías pensaban.²⁶ En cuanto a la JF,

²² AACC, *Boletín del Dirigente*, año II, núm. 15, marzo de 1940, p. 55; AACC, *Boletín del Dirigente*, año II, núm. 18, junio de 1940, p. 132.

²³ AACC, *Boletín del Dirigente*, año II, núm. 14, febrero de 1940, p. 29; AACC, *Boletín del Dirigente*, año II, núm. 17, mayo de 1940, p. 104.

²⁴ AACC, *Boletín del Dirigente*, año III, núm. 31, octubre de 1941, p. 170.

²⁵ AACC, *Boletín del Dirigente*, año III, núm. 26, mayo de 1941, p. 52.

²⁶ Según el censo profesional 1934 de la ACA, del 73% de los miembros de la JAC 33.9% eran estudiantes y 45.2% empleados, obreros y trabajadores urbanos. AACC, *Boletín Oficial*, año V, núm. 96, 15 de abril de 1935, p. 247. El censo profesional de efectivos de la JAC realizado entre 1940 y 1943, basado en las planillas de cuotas y con una clasificación de grupos profesionales de acuerdo con el censo profesional de 1934, muestra

según el censo profesional de 1934 más de la mitad se desempeñaba en la “vida del hogar”, el 20% eran profesionales y el 10.5% eran estudiantes. Las empleadas y trabajadoras rurales y urbanas conformaban el 13.3%.²⁷ Hay que aclarar que la credibilidad de estas cifras oficiales es dudosa, pero, más allá de su veracidad, es la visión autorizada que da la asociación con la venia eclesiástica. Lo que quiero resaltar es que el discurso de la AC apuntaba a un colectivo con mayor disponibilidad de tiempo de lo que la realidad señalaba, puesto que un porcentaje no desdeñable (un tercio en la JF y la mitad en la JAC) tenía ocupaciones laborales y estaba inserto activamente en el sistema productivo.

La JOC y los auténticos jóvenes

La JOC fue una asociación laical de origen belga fundada en la Argentina en 1940, en un contexto social de desempleo y carestía de la vida. Como la AC, también formó parte del proyecto integralista de recristianización social bosquejado por la Iglesia y representaba un apostolado exclusivo del ámbito de los trabajadores que consistía en la observación, el diagnóstico y la discusión de situaciones cotidianas por parte de los miembros, con el fin de establecer soluciones viables que mejoraran su calidad de vida. La idea era que el militante jocista se comprometiera en sus distintos ámbitos de acción (familia, barrio, trabajo, sindicato) y que interviniera en ellos para su transformación. Según los reglamentos, los socios de la JOC debían ser solteros, de 14 a 25 años, “en edad de elegir oficio asalariado; alumnos de escuelas profesionales e industriales, de artes y oficios; los jóvenes trabajadores de fábricas y talleres, pequeños empleados de oficinas, de tiendas y almacenes, repartidores, cadetes, canillitas, etc.”.²⁸ La limitación etaria marcada por la normativa no se cumplía estrictamente, por lo menos en la ciudad de Córdoba, donde en 1942 Lucas Rubio había sido designado presidente de la JOC de Córdoba por el arzobispo Fermín Lafitte cuando ya tenía 27 años; dos años después

una leve acentuación de la presencia estudiantil. En 1943, con la JOC ya fundada, de los 12 407 Efectivos de la JAC sólo se tienen registros de 2 000 socios (menos de la sexta parte) y 3 000 aspirantes, tomados –según la fuente– proporcionalmente de todas las diócesis del país. Entre los Efectivos, los estudiantes (en su mayoría secundarios) conforman 42%, y los empleados y obreros 43,3%. Entre los Aspirantes relevados, 2 658 tenían entre 12 y 15 años. La gran mayoría eran alumnos primarios y secundarios (95%) y el restante 5% obreros. AACC, *Memoria y balance*, pp. 66-68.

²⁷ AACC, *Boletín Oficial*, año V, núm. 96, 15 de abril de 1935.

²⁸ AACC, Estatutos de la JOC, artículo 6.

fue confirmado en el cargo. En la misma arquidiócesis, el entrevistado Francisco Angulo fue presidente por varios periodos después de superar la edad reglamentaria.²⁹

Los mayores de 25 años o los casados pasaban a integrar el sindicato obrero de su profesión, en el caso que todavía no pertenecieran a él. Hubo iniciativas para crear una rama que abordara los problemas del obrero ya casado o mayor de la edad permitida por la JOC, pero no prosperaron.³⁰ En el otro extremo etario existía una sección que correspondía a la de los Aspirantes (10 a 15 años) de la JAC, llamada PREJOC, que aglutinaba a los aprendices y obreros de 12 a 14 años. Me detendré en ella más adelante.

Los discursos de los asesores eclesiásticos de la JAC y la JOC coincidían en considerar la etapa primera de la juventud (definida con límites etarios distintos en cada asociación) como “la edad de la personalización”. Ésta era establecida por los libros de técnica de la JOC y por *Notas de Pastoral Jocista* –ambos escritos por sacerdotes–, desde los 14 a los 25 años, entre la escuela y el matrimonio.³¹ Para el canónigo belga Joseph Cardjin, fundador del movimiento de la JOC, en esta franja etaria “todos los problemas de la vida se plantean para todos y cada uno de manera inmediata, concreta y práctica”. Una educación adecuada a “su madurez psíquica” se tornaba central para la inspiración de una vocación, una mística y un estilo de vida acordes con los preceptos religiosos.³² Precisamente ésta era la función de la JOC: convertirse en una escuela de formación integral (en los aspectos físico, profesional, moral y religioso) de jóvenes obreros, la clase trabajadora del futuro, “para el servicio de Dios, de la Patria y de la Familia; es decir, para la Vida”.³³

²⁹ AAC, *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Córdoba y Obispos sufragáneos*, vol. XIX, 1942, p. 421; entrevista a Lucas Rubio (h). Cfr. testimonio de Alfredo Di Pacce en Bottinelli et al., “La JOC”, pp. 89-90.

³⁰ *Juventud Obrera*, núm. 14, julio de 1944, p. 5; HSL, *Notas de Pastoral Jocista*, marzo-abril de 1950, pp. 19-23; “III Semana de Estudios de los Asesores de la JOC. Conclusiones” en *Notas de Pastoral Jocista*. Tal vez el fracaso en parte se explique por la falta de tiempo y los cambios en la prioridad de intereses que adujeron los entrevistados una vez casados.

³¹ Ganchegui y Derudi, *Fundamentos de la JOC*, p. 187; HSL, *Notas de Pastoral Jocista*, marzo-abril de 1955, p. 50.

³² Alocución de Cardjin de diciembre de 1956 en HSL, *Notas de Pastoral Jocista*, mayo-junio de 1957, p. 63; Ganchegui y Derudi, *Fundamentos de la JOC; Documentos del Segundo Congreso*, p. 155.

³³ *Juventud Obrera*, núm. 10, marzo de 1944.

En definitiva, la visión eclesiástica y la de los propios dirigentes de la JOC mostraban al joven como potencialmente útil pero a la vez peligroso, ya que se le relacionaba con el cambio, la vitalidad, el optimismo, el idealismo, pero a la vez con la informalidad y la maleabilidad.³⁴ Se consideraba que la juventud estaba permeada por un contexto que la Iglesia quería cambiar, e influyendo en aquélla se podía dar un nuevo giro a toda una época. Ahora bien, los jóvenes representaban el futuro como próximos padres de familia y líderes sociales sólo si sabían explotar su potencial transformador. Si la juventud había pasado por el vicio y la desorganización, dejaba de ser sinónimo de fuerza e ideales y se convertía en una “juventud vieja”, caracterizada por la nulidad y la ruina, a la cual la JOC también debía salvar.³⁵ Desde *Juventud Obrera* la JOC distinguía diferentes juventudes, como la “comunista”, la “política” (aquella que buscaba el beneficio personal en un puesto dado por el partido gobernante) y la indiferente (constituía la gran mayoría y sólo se preocupaba por superficialidades, pero no por problemas económicos, sociales o espirituales). Desde la perspectiva de la asociación, era la mal llamada juventud, ignorante, incapaz y perdida. Contra ella se erigía la *auténtica juventud*, que representaba los ideales relacionados con la patria y que sabía que tenía una responsabilidad que cumplir para el “reinado de la Justicia, del Orden y de la Caridad”.³⁶

La distinción que hacían los militantes de las diversas juventudes se basaba en la consideración de la juventud también como una actitud; así, no todos los jóvenes servían. Ser *auténticos jóvenes* no significaba únicamente tener ideas *nuevas* (como el comunismo) sino *buenas*. La edad era condición necesaria, pero no suficiente, pues también importaba la “inclinación” del espíritu. Es decir que a través de exclusiones ideológicas que invalidaban el accionar de los “comunistas”, los jocistas legitimaban discursivamente su papel central como motores del cambio en el seno de la clase obrera.

En la representación que la JOC hace del *joven trabajador* convergen categorizaciones de edad y género, pero también se hacen patentes distancias de clase. La apelación que realiza la asociación es sensible a las diferencias de riqueza y empleo, ya que se reconoce que los jóvenes de la

³⁴ HSL, *Notas de Pastoral Jocista*, septiembre-octubre de 1957, pp. 45-46; marzo-abril de 1955, p. 50; *Documentos del Segundo Congreso*, p.155; *Juventud Obrera*, núm. 1 (mayo de 1943), 10 (marzo de 1944), 125 (enero de 1953).

³⁵ *Juventud Obrera*, núm. 18, octubre-noviembre de 1944.

³⁶ *Juventud Obrera*, núm. extra, agosto de 1946, p. 4; *Juventud Obrera*, núms. 19 (diciembre de 1944), 26 (agosto de 1945, p. 4), 119 (junio de 1952).

JOC no viven las mismas realidades que los de la JAC. Así, la idea general que identifica juventud como moratoria social y que la Iglesia buscó encuadrar a través de asociaciones como la JAC, se correspondía aún menos con la realidad de los miembros de la JOC. Aquí la diferenciación interna entre Prejocistas (12 a 14 años) y Jocistas (15 a 25) parece más una respuesta a las actividades de los miembros (el *muchacho* de PREJOC en la escuela de oficios y como aprendiz y el *joven* con un pleno desempeño en la vida laboral) que una correspondencia con la adolescencia y la juventud burguesas, respectivamente. Es decir que la división en la JOC se fundamentaría en criterios clasistas más que etarios.

La balanza inclinada hacia la clase (la adjetivación *obrero* de la sigla JOC) por sobre la edad se confirmaría en los modelos a seguir y las imágenes reproducidas en el periódico *Juventud Obrera*. En el primer caso, en la sección de “Jóvenes héroes” los ejemplos a imitar están definidos por su condición de clase y no por la edad.³⁷ En cuanto a la iconografía, por un lado aparecen los jóvenes “de carne y hueso”, en ocasión de asambleas o brindando testimonios. Casi siempre están vestidos con traje y corbata o camisa, en un ámbito distinto al de su trabajo cotidiano. Por otro lado, las ilustraciones muestran a hombres (a los que por su apariencia no se los puede catalogar como “jóvenes”) con mameluco o con camisa arremangada y boina y con músculos trabajados. Se les representa asociados con el trabajo manual (por la vestimenta, las herramientas y el contexto laboral).³⁸ El joven que se muestra aquí no dista mucho del adulto y se podría decir que en realidad es una representación del trabajador manual, como sinónimo de lo que se consideraba un obrero en esa época, más allá de su edad.

Para la juventud de las clases medias y altas el punto final de esa etapa etaria era casarse y establecerse laboralmente para irse de la casa familiar. En cambio, los miembros de la JOC no se encontraban liberados de los imperativos económicos. Si para otros el matrimonio y la manutención de un hogar propio constituían un rito de paso del estadio juvenil a la edad adulta, para ellos sólo acentuaba las responsabilidades. La trayectoria vital respecto de sus pares de otras clases sociales difería, porque la

³⁷ *Juventud Obrera*, núm. 24, junio de 1945, p. 7.

³⁸ Véanse como ejemplos *Juventud Obrera*, núm. 15 (agosto de 1944), 24 (junio de 1945), 35 (junio de 1946), 47 (1º de abril de 1947). Estas representaciones encuentran similitudes con las utilizadas por el socialismo, con trabajadores fuertes y musculosos con herramientas en la mano. También con las imágenes del “Hombre Nuevo Peronista”. Al respecto, véanse ilustraciones en Gené, *Un mundo feliz*. Cabe aclarar que la JOC como asociación se pronunció a favor de los gobiernos peronistas.

niñez de los juegos infantiles finalizaba con las responsabilidades laborales, que hacían saltar la adolescencia y entrar abruptamente al mundo de los adultos. Para la JOC esta interacción significaba una exposición llena de peligros morales que había que controlar. De ahí la existencia de la PREJOC.

La PREJOC, el aprendiz y la importancia de las escuelas de oficios

El Prejocista era una invención de la JOC para considerar supuestas realidades de determinada edad, pero sobre todo bajo condiciones socioeconómicas particulares. La PREJOC atendía a varones de hasta 14 años (luego pasarían a la JOC) que habían dejado la escuela. La finalidad, común con otras asociaciones laicas concentradas en esa franja etaria, era la formación a manera de prevención: “Prepara a los escolares a la vida de trabajo, los orienta en la elección de un oficio, les busca colocación”. Era definida como “servicio de preparación para el trabajo”, integrado por “muchachos de 12 a 14 años que se orientan hacia la vida de trabajo”.³⁹

Llama la atención que en el discurso de *Juventud Obrera* aparecen como categorías nativas los términos Prejocista y aprendiz considerados como equivalentes, que desplazan al vocablo niñez, con menor presencia en las fuentes. Este periodo llegaría hasta los 14 años, edad que para la JAC marcaría el inicio de la adolescencia, un término psicologista e inexistente en *Juventud Obrera*. A lo sumo al aprendiz-Prejocista se lo asocia con el *muchacho* y al jocista con el *joven*. Es decir que las denominaciones se corresponden más con la inserción de los miembros en el mundo del trabajo que con caracterizaciones sociofisiológicas, comunes en el discurso de los asesores eclesiásticos de ambas asociaciones.

Asociación de apostolado de jóvenes				
JOC			JAC	
Edad	Tipo de miembro	Denominación etaria nativa	Tipo de miembro	Denominación etaria nativa
10-12			Aspirante menor	Niño
12-14	Prejocista	Muchacho, niño		
12-15			Aspirante mayor	Adolescente
14-25	Jocista	Joven		
16-30			Efectivo	Joven

³⁹ | *Juventud Obrera*, núms. 1 (mayo de 1943, p. 3), 5 (septiembre de 1943), respectivamente.

De todas maneras, los militantes de la JOC se apropiaban del discurso imperante acerca de la niñez y la juventud como etapas fundamentalmente de formación educativa. Desde la asociación se afirmaba que si el salario familiar existiera, sus miembros podrían dedicarse enteramente al estudio, tarea correspondiente a su edad. Sin embargo, su realidad socioeconómica les imponía el tener que trabajar, actividad para la cual no estaban preparados en el plano físico, moral ni intelectual.⁴⁰ De ahí la necesidad de una educación que “prepare a los niños a su vida real, es decir, a su vida de jóvenes trabajadores”.⁴¹

En la época era común que los niños de familias de menores recursos terminaran el sexto año (es decir, la primaria) y fueran a trabajar, lo cual era asociado en *Juventud Obrera* directamente con la adultez:

El mes que viene vas a terminar tu sexto grado. Un nuevo mundo se abrirá delante de ti. Éste es el año definitivo en que abandonarás la escuela y afrontarás la vida de trabajo.

¡Qué perspectiva!
¡Ir a trabajar!
¡Ser ya un hombre!
¡Ganar y cobrar un salario!⁴²

El iniciado en el ambiente laboral recibía la acepción de *aprendiz*, que la JOC intentaba relacionar con Cristo en su faceta obrera, como aprendiz de carpintero. Cabe aclarar que esta asociación modeló la figura ideal del jocista con base en Cristo, pero no el Jesús joven al que apelaba la JAC, sino el *Cristo Obrero*, quien encerraba en sí las tres máximas del imaginario de la asociación: el ejemplo, el compromiso y el sacrificio:

[Jesús] Nace pobre, entre obreros y como hijo de ellos. [...] Joven[...] Obrero[...] desconocido, [...] vive trabajando, muere a los 33 años[...] Aprendiz de carpintero[...] con sus 14, 18, 20, 25 años[...] Sus manos callosas[...] Sudando en el trabajo[...] Ése es a quien invocamos al comenzar nuestra oración jocista. Joven, obrero como nosotros, pero ¡Dios!⁴³

⁴⁰ *Juventud Obrera*, núm. 4 (agosto de 1943), 19 (diciembre de 1944), 47 (1º de abril de 1947).

⁴¹ *Juventud Obrera*, núm. 47, 1º de abril de 1947.

⁴² *Juventud Obrera*, núm. 6, octubre de 1943.

⁴³ Ganchequi y Derudi, *Fundamentos de la JOC*, p. 37. Un análisis detallado de la construcción de la figura de Jesús en su faceta obrera y su adopción como ideal de vida jocista, en Blanco, “Componentes identitarios”, pp. 83-118.

Michelle Perrot ofrece una interpretación menos romántica de la vida de los jóvenes obreros del siglo XIX en Francia que puede servir para nuestro caso:

Los jóvenes obreros no gozaban, como los jóvenes burgueses, de ese tiempo de latencia y de formación que autoriza una sociabilidad propia y eventualmente una expresión autónoma. Su incorporación precoz al trabajo absorbía sus energías, sin procurarles los derechos de los adultos. Su situación de aprendices no era un estatuto.⁴⁴

El aprendiz de la clase obrera era el equivalente etario del colegial de las clases medias y altas. Para la JOC era el sinónimo del Prejocista, y captaba una atención más urgente que el Aspirante de la JAC por una “situación de riesgo” que explicaré. Este aprendiz compartiría elementos con el de las edades media y moderna por la desaparición de la familia como referente formativo y por el contacto temprano con el mundo adulto, que para la JOC era potencialmente peligroso.

Las representaciones (positivas o negativas) que se tienen de los jóvenes influyen en las “políticas de juventud”, ya sea para su control social o para su exclusión. En el caso de la JOC, la edad a partir de la conclusión de la educación primaria era considerada fundamental, porque si bien al Prejocista le eran asignadas las características de “pureza, responsabilidad, energía, juventud, obrero (hijo del humilde trabajador) y compañerismo”,⁴⁵ la falta de discernimiento y las influencias perniciosas del ambiente laboral podían llegar a corromperlo.

En el contexto del final de la educación primaria –en el mejor de los casos– y el comienzo del trabajo asalariado, el papel moral y contenedor de la familia –si era católica– aparecía desdibujado, ya que sólo se presentaba como la incitadora en la búsqueda de un dinero extra, por mínimo que fuera. A partir de ahí el aprendiz inexorablemente comenzaba a vivir una etapa de explotación y de inmoralidad que lo deformaría, más allá de sus características naturales positivas y de la formación religiosa familiar:

Pongámonos en el caso de que el muchacho ha conseguido el puesto de aprendiz, y [veamos que en] primer lugar, ganará un salario que ni el nombre de tal merece. En segundo lugar, tal vez le hagan trabajar más horas de las que debe por ley. En tercer lugar, en vez de recibir

⁴⁴ Perrot, “La juventud obrera”, p. 104.

⁴⁵ *Juventud Obrera*, núm. 12, mayo de 1944.

ejemplos que lo ayuden a formarse, el ambiente abrirá brechas en su moral.⁴⁶

Una de las misiones del jocista era “cristianizar el lugar de trabajo”, función que partía del presupuesto legitimador de la asociación de que la fábrica y el taller, lugares de contacto con los adultos, constituían ámbitos de influencias perniciosas. Así, los mayores no serían un modelo a seguir, contrariamente a su representación en la sociedad en general. En este caso el papel ejemplar lo desempeñaría el *auténtico joven* encarnado por el jocista, a través del restablecimiento de la norma y la paz, es decir del orden.

Ahora bien, sabemos que la Iglesia considera a la familia célula principal de la sociedad y basamento de la patria; pero en el discurso jocista este ámbito está ausente en el presente, ya sea con la intención de mostrar a la asociación como la principal contención de “un joven solo en un entorno difícil” o como eco de una realidad de migraciones internas que no puede obviarse, sobre todo hacia Buenos Aires y su provincia, de donde proviene la gran mayoría de los redactores de *Juventud Obrera*.

El entorno familiar aparecía representado en el pasado jocista con una formación religiosa que podía no ser lo suficientemente fuerte, y en el futuro con el ex jocista casado y como cabeza de familia. En esta situación, ¿quién cubría la función de la educación y formación del joven jocista, si no era la familia? ¿La escuela, la parroquia, el lugar de trabajo, el Estado, la JOC? La religión a través de la parroquia tampoco se mencionaba como un espacio convocante para estos jóvenes.⁴⁷ Precisamente por la necesidad de trabajar la mayoría de ellos tenía que dejar los estudios; es decir, que el poder disciplinario de la escuela tampoco estaba presente, y ya se mencionó la visión negativa de la JOC sobre los lugares de trabajo. Entonces, ¿dónde se trasladaba el modelo jerárquico, de dominación y subordinación, característico de la sociedad y la Iglesia argentinas de mediados del siglo xx, si ni la familia, ni la Iglesia, ni la escuela ocupaban un lugar central?

El componente disciplinante y moralizador más efectivo en el que insistía la JOC para esta franja social y etaria era, además de ella misma, la escuela de enseñanza profesional. Por otro lado, el aprendizaje de un oficio era visto como la principal defensa ante la desocupación, alta en

⁴⁶ *Juventud Obrera*, núm. 10, marzo de 1944.

⁴⁷ *Notas de Pastoral Jocista*, ejemplares varios (marzo-abril de 1949, p. 20; julio-agosto de 1950, p. 13; mayo-junio de 1954, pp. 37-38; marzo-abril de 1956, p. 125).

Argentina durante los primeros años de la década de 1940.⁴⁸ Por ello, una de las preocupaciones fundamentales de la asociación durante el periodo estudiado era la exigencia a los gobiernos del establecimiento de escuelas de aprendizaje profesional para menores, no sólo como contención y disciplina, sino también para capacitarlos en oficios.⁴⁹ En junio de 1944 el gobierno militar creó por decreto-ley la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional para promover la formación de obreros calificados. Empero, la aplicación efectiva de la legislación referente al aprendizaje y el trabajo de los menores demoró varios años. Finalmente, el proceso de brindar orientación y capacitación profesional desde el Estado terminó en 1952 con la creación de la Universidad Obrera Nacional, considerada desde *Juventud Obrera* como “un paso para la ascensión de la clase obrera y para la formación de profesionales de origen obrero para satisfacer las necesidades de la industria nacional”.⁵⁰

Consideraciones finales

A partir de la década de 1930 y por lo menos hasta la siguiente, la Iglesia asignará a la juventud en general el papel de redentora de generaciones futuras, en pos de la construcción de una “nueva cristiandad”. Empero, dentro del campo católico nos encontramos con distintas juventudes, con extensiones etarias que varían de una asociación a otra en función de la misión adjudicada a esos jóvenes (la JAC inclinada a la formación y la JOC a la acción) y en atención a las distintas situaciones vividas. Desde las publicaciones de AC la juventud es concebida como un periodo preparatorio hacia un futuro de liderazgo, como seres del futuro,⁵¹ es decir, un tiempo prometedor pero inexistente. El presente no los tiene como protagonistas ya que todavía no están listos y porque pertenece a los adultos de hoy, que son quienes establecen las pautas de “llenado de contenidos” para moldearlos óptimamente y así evitar desviaciones. Es una formación pre-

⁴⁸ *Juventud Obrera*, núm. 4, agosto de 1943. Durante el bienio 1943-1944 este periódico aborda con frecuencia la desocupación como problema económico y para el mantenimiento del orden social.

⁴⁹ Para la JOC el ámbito laboral era un lugar de capacitación relativa y como mucho autodidacta. El tema del aprendizaje profesional para menores y la capacitación obrera aparece en *Juventud Obrera*, núm. 4 (agosto de 1943), 6 (octubre de 1943), 8 (diciembre de 1943), 10 (marzo de 1944), 17 (octubre de 1944), 19 (diciembre de 1944), 29 (noviembre de 1945), 33 (mayo de 1946), 45 (1º de marzo de 1947).

⁵⁰ *Juventud Obrera*, núm. 126, mayo de 1953.

⁵¹ Chávez, “Investigaciones sobre juventudes”.

parada por los adultos que saben, en la que los jóvenes aparecen como receptores pasivos, sin posibilidad de participación activa por falta de discernimiento.

Cabe recordar que en la JAC el acento en la formación remitía a una necesidad de la Iglesia, pero no se correspondía completamente con la composición social de sus socios. En la JOC el énfasis en la acción también se asentaba en un supuesto, fomentado por algunos asesores eclesiásticos y naturalizado incluso entre los socios, acerca de su poca capacidad de intelectualización y su falta de interés por las teorizaciones.⁵²

De por sí, la categoría “joven” inventa un tipo de sujeto. Desde ese punto de partida, la JOC definirá el modelo de joven según la asociación como el *auténtico joven*, de acuerdo con ciertos valores deseables en ese momento para la Iglesia y en contraposición con otros. El *joven* al que se refiere la JOC es un término o idea con connotaciones particulares en determinado contexto, las cuales dan una noción de lo que los sujetos abordados en este estudio consideran relevante. Se trata de un discurso sobre la juventud que intenta constituir una realidad en la coordenada etaria, pero al mismo tiempo esa misma realidad obliga a los actores necesariamente a negociar y a adaptar presupuestos generales de la Iglesia; es por eso que la interpelación clasista termina primando sobre la etaria.

Más allá de las etiquetas de Prejocista o Jocista, existía una frontera difusa entre infancia, juventud y adultez en el plano de las vivencias de los miembros de la JOC, la mayoría de los cuales no contaba con la escuela como alternativa a la vida laboral. No existía en su cotidianeidad una correspondencia lineal entre niñez-escuela, adultez-trabajo, más común en la vida contemporánea de otras clases. Desde la perspectiva de la JOC, sus socios viven en el mundo adulto diariamente y no existe la protección y la disciplina que brinda la escuela. Al estar cerca de los adultos corren el peligro de contaminarse con sus vicios; es por ello que la JOC plantea la necesidad de la escuela de oficios como dispositivo institucional disciplinador para la joven clase trabajadora. Ésta sería el equivalente obrero de la secundaria para los sectores de clase media y alta.

Si bien la Iglesia habla de “la juventud católica”, considero que los *jóvenes obreros católicos* de la JOC pueden identificarse más con otros trabajadores que con otros jóvenes, sean católicos o no, porque en las prácticas el mundo laboral aparece aquí como central para la estructura-

⁵² Véanse como ejemplos *Juventud Obrera*, núm. 26 (agosto de 1945, p. 5), 45 (1º de marzo de 1947, p. 4), 46 (15 de marzo de 1947, p. 2), 47 (1º de abril de 1947, p. 8), 120 (julio de 1952). También *Notas de Pastoral Jocista*, ejemplares varios (mayo-junio de 1949, p. 15; julio-agosto de 1949, p. 25; enero-febrero de 1950, p. 19; julio-agosto 1950, p. 5).

ción de los grupos, más allá de la normativa y la retórica. La situación de clase, entendida como la localización compartida en una estructura económica y de poder en una sociedad dada, pesa más que la generacional. La cultura juvenil obrera aparece en el periódico *Juventud Obrera* como una subcultura, pero más definida desde la clase que desde la edad, en consonancia con las fuertes diferencias sociales que se hacían sentir a mediados del siglo pasado en la Argentina y que asociaciones como la JAC y la JOC ayudaban a hacer patentes.

Siglas y referencias

AC	Acción Católica
JAC	Juventud de Acción Católica
JF	Juventud Femenina de Acción Católica
JOC	Juventud Obrera Católica
AAC	Archivo del Arzobispado de Córdoba, Argentina
AACC	Archivo de la Acción Católica de Córdoba, Córdoba, Argentina
HPLPC	Hemeroteca del Poder Legislativo de la Provincia de Córdoba, Córdoba, Argentina
HSL	Hemeroteca del Seminario Conciliar de Nuestra Señora del Loreto, Córdoba, Argentina

Hemerografía

Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina, Buenos Aires, Argentina
Boletín del Dirigente de la Asociación de los Jóvenes de la Acción Católica
Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Córdoba y Obispos sufragáneos, Córdoba, Argentina
Juventud Obrera, Buenos Aires, Argentina
Notas de Pastoral Jocista, Buenos Aires, Argentina

Bibliografía

- Asociación de los Jóvenes de la Acción Católica
Memoria y balance presentados por el Consejo Superior a la Quinta Asamblea Federal. Período 1940-1943, Buenos Aires, s.e., 1943.
- Blanco, Jessica
"Componentes identitarios del imaginario de la Juventud Obrera Católica", *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, Área de Historia del CIFYH-UNC, número 10, Córdoba, Ferreyra, 2008, pp. 83-118.
- *Modernidad conservadora y cultura política: La Acción Católica Argentina (1931-1941)*, Córdoba, UNC, 2008.

- Bottinelli, Leandro (*et al.*)
“La JOC. El retorno de Cristo Obrero”, en Fortunato Mallimaci y Roberto Di Stefano (comps.), *Religión e imaginario social*, Buenos Aires, Manantial, 2001, pp. 69-116.
- Bourdieu, Pierre
¿Qué significa hablar?, Madrid, Akal, 1992.
- Chávez, Mariana
“Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales”, Informe presentado en La Plata-ciudad de Buenos Aires, mayo de 2006.
Documentos del Segundo Congreso Mundial para el Apostolado de los laicos. Roma 5-13 de octubre de 1957, Formar apóstoles, tomo III, Ciudad del Vaticano, Comité Permanente de Congresos Internacionales para el Apostolado de los Laicos, 1958.
- Fabre, Daniel
“‘Forjar la juventud’ en el pueblo”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), *Historia de los jóvenes*, II, Madrid, Taurus, 1996, pp. 61-100.
- Feixa, Carles
De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud, Barcelona, Ariel, 1998.
- Ganchequi, Osvaldo y Norberto Derudi
Fundamentos de la JOC. Manual para dirigentes y asesores, Buenos Aires, 1953.
- Gené, Marcela
Un mundo feliz: imágenes de los trabajadores en el primer peronismo. 1946-1955, Buenos Aires, FCE, 2008 [2005].
- Germani, Gino
Estructura social de la Argentina, Buenos Aires, Raigal, 1955.
- Levi, Giovanni y Jean-Claude Schmitt (dirs.)
Historia de los jóvenes, tomos I-II, Madrid, Taurus, 1996.
- Lomnitz, Claudio
“Identidad”, en Carlos Altamirano (dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 2002, pp. 129-134.
- Michaud, Eric
“‘Soldados de una idea’: los jóvenes bajo el Tercer Reich”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), *Historia de los jóvenes*, II, Madrid, Taurus, 1996, pp. 348-379.
- Peralva, Angelina
“O jovem como modelo cultural”, *Revista Brasileira de Educação*, núms. 5-6, (1997), pp. 15-24.

Perrot, Michelle

“La juventud obrera; del taller a la fábrica”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), *Historia de los jóvenes*, tomo II, Madrid, Taurus, 1996, pp. 101-166.

Rubinzal, Mariela

“Los conflictos obreros en la prensa nacionalista: itinerarios de un acercamiento ambiguo al mundo del trabajo (1935-1943)”, *Papeles de Trabajo*, núm. 3, http://www.idaes.edu.ar/papelesdetrabajo/paginas/Documentos/03_7_Articulo_Mariela_Rubinzal.pdf, fecha de consulta: 2 de septiembre de 2009.

Schindler, Norbert

“Los guardianes del desorden: rituales de la cultura juvenil en los albores de la era moderna”, Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (dirs.), *Historia de los jóvenes*, II, Madrid, Taurus, 1996, pp. 303-363.

Vernant, Jean-Pierre

“Entre la venganza y la gloria: la identidad del joven espartano”, en Jean-Pierre Vernant, *El individuo, la muerte y el amor en la Antigua Grecia*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 167-201.

Wendel Abramo, Helena

Cenas juvenis, São Paulo, Pagina Aberta, 1994.

Zanatta, Loris

Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946), Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Recibido el 23 de agosto de 2010/ Aceptado el 15 de diciembre de 2010.